

Vuelta a hacer la maleta y vuelta a marchar. Se siente el viaje porque hay que hacer la maleta. Volvemos a contemplar desde la ventanilla el paisaje sueco, que en esta parte de Estocolmo a Cristianía es siempre igual: selva y lagos, lagos y selva; parece que es verdad que el terreno corre y que nos persigue el mismo trozo de paisaje dando grandes zancadas. La vista penetra en la selva entre los claros de los troncos de los pinos. Se solaza en el tapiz de hierba y en la sombra, mientras que arriba, en las copas, la luz parece formar algo de bóveda cristalina.

Este paisaje acaba por fatigar. Es monótono. Suecia es un verdadero vergel; por todas partes hay lagos, algunos tan importantes como el Mälaren, el Vättern y el Vänern, que tiene más de cinco mil kilómetros de superficie. Casi todos los ríos están también por este lado; la configuración del suelo lleva las corrientes de agua al Báltico y al Kattegat. Son ríos de curso corto y rápido, bellos, salvajes; parece que trabajan para abrirse paso. El genio de los suecos los ha utilizado para el acarreo de maderas. Se dejan ir los troncos de los árboles, principal riqueza de estas regiones, a favor de la corriente hasta los puntos de destino, donde los operarios destinados a este trabajo los recogen y clasifican según sus marcas. Es un espectáculo pintoresco el del transporte de estas maderas; los primeros troncos que vemos entre los remolinos nos parecen cuerpos de ahogados. Evocan estos ríos algo de esas novelas de salvajes en las

Pampas, de piraguas, de emboscadas; tan primitivo es el procedimiento, que trae aroma de tierras vírgenes y el tren me parece un anacronismo.

¡El tren! En el tren se aprende el valor del minuto. Aquí, donde la honradez y respeto de la gente es proverbial, hay en las estaciones mesas servidas a las que puede llegar el viajero, tomar por sí mismo lo que necesite y pagar lo que declare haber tomado.

Cuando el tren se detiene en una de estas estaciones, los pasajeros parecen aves de rapiña que salen de sus agujeros y se lanzan sobre la presa. ¡Seis minutos! ¡Cuánto se come en esos seis minutos! ¡Cuánto puede hacerse en un minuto! En realidad, todas las cosas no tienen más que un minuto. No sé por qué al pensar en el minuto se piensa siempre en el *su único hijo* del Credo de los sentenciados<sup>1</sup>.

Causa pena no saber el nombre de todas las estaciones por donde se pasa.

Se quisiera vivir en todas las casitas que se ven, pero vivir en todas a un mismo tiempo.

Hay un momento de pánico en la estación de llegada, cuando es preciso llamar al mozo para que baje los equipajes, y no se sabe cómo se dice *mozo* en sueco o en danés.

No hay nada más cómico que los manuales de conversación donde se ha previsto todo cuanto puede tener necesidad de hablar el viajero, hasta el decirle a una compañera de viaje: "¡Qué hermosos ojos tiene usted!". ¿Habrà quien utilice esa pregunta? Tal vez sí; si hay aquí, como en nuestra tierra, gentes que hacen algo de fiesta y de excepción en un viaje por tren, y han leído los antiguos novelistas para creerse obligados a tener su aventura de viaje. Para muchos hombres sería vergonzoso un viaje sin su aventura.

Son maravillosos estos caminos escandinavos. Son caminos hechos contra la voluntad de Dios, con un esfuerzo de gigante entre selvas y rocas. El ánimo se suspende y se asombra ante la obra titánica de la red de navegación del Báltico; los inmensos canales que lo unen al Vättern, al Vänern y al Göta; el medio ciento de esclusas por donde se elevan los barcos para caminar, como si rasgaran la tierra con sus quillas, y las maravillosas caídas de Trollhättan. Esta enorme masa de agua del país de la hulla blanca, porque esta tierra no produce carbón y provee de energía a las fábricas que al utilizar el agua le han robado mucho a su poesía. Más que la admiración por la naturaleza, atraen ahora el interés las grandes obras que evitan el inconveniente de la caída para la navegación mediante las grandiosas esclusas que atraviesan más de diez mil barcos todos los años, y que tienen que permanecer dentro de cada una de ellas hasta que el nivel del agua es igual al de la esclusa siguiente,

merced a las potentes máquinas que las igualen. Es como una soberbia escalera de agua entre las rocas graníticas.

Nos impresionan aún más los nombres que los lugares: río Göta, ciudad de Göteborg, canal de Gothia, sección de Vestrogothia, masa granítica de Gotaelf. Es un solar de la raza humana y un solar de nuestra raza. Los godos, los conquistadores de occidente, los bárbaros que hollaron con las patas de sus caballos el soberbio Capitolio de Roma salieron de aquí. Y como si la historia fuese un cuento en el que aún no habíamos creído por completo, se afirma en nuestra creencia. Tenemos la visión completa y justa; recordamos cuando, en nuestra niñez, al oír decir rutinariamente al maestro en la escuela "Vinieron los bárbaros del norte" nos los figuramos como en una cinta cinematográfica, a caballo, desnudos, feroces, corriendo unos detrás de otros como una avalancha o un glaciar de hombres.

Aquí se nos han hecho más humanos, los vemos mejor, los comprendemos... hasta los admiramos. Su ida a Europa es una epopeya digna de ser cantada como en los mitos griegos se canta la conquista del Vello de Oro. Su empresa fue también heroica y romántica. Ellos salieron de este país de nieves, de selvas y de rocas para ir al sur en busca del tesoro que les faltaba: fueron a la conquista del sol.

## NOTAS

1. Carmen de Burgos se refiere a la última oración que rezaban los sacerdotes durante el fusilamiento de los condenados, que solía ser el Credo: "Creo en Dios padre [...] y en Jesucristo, *su único hijo* [...]". Mientras estaba rezando se daba la orden de fuego y con frecuencia las últimas palabras que se oían eran "su único hijo" (que sonaban como *sunicuijo*). En México y otros países sudamericanos quedaron ciertos dichos con la expresión *sunicuijo*: "Ora que vas a la iglesia, reza por mí un *sunicuijo*"; "Te clavo tal puñalada que no llegas al *sunicuijo*"; o cuando un condenado afrontaba la pena capital: "Le llegó la [hora] del *sunicuijo*".

## PARTE CUARTA NORUEGA

Este navío de Oseberg está tan bien reconstruido que da perfecta idea de su forma primitiva. Se ha hecho con tal paciencia que salvo una pieza de unos cincuenta centímetros, cinco o seis genoles<sup>3</sup> y una pieza de cuaderna que son nuevos, el navío está enteramente compuesto con su madera original.

Tiene una vela cuadrada, característica de los pueblos escandinavos, la barra del timón no se ha encontrado. Se conserva la escalera de desembarco, tal como se la ha encontrado en el túmulo, y ofrece la particularidad de tener un ancla muy bien conservada, que es la primera ancla que se ha encontrado de la época de los vikingos. Sus costillas, sus ligamentos, toda su armazón desnuda da idea del esqueleto de uno de esos animales fósiles gigantes que se estudian en los museos zoológicos.

No parece que este barco sea propio para los rigores de la navegación y de las conquistas, sino un barco de lujo, propio para navegar en las tranquilas aguas del fiordo.

Ofrece, además, este navío una rara ornamentación: cabezas de dragones y quimeras que presentan una indiscutible influencia del arte oriental bizantino y que abren un nuevo campo a la investigación. Se cree que debe remontarse al año 800, es decir, que esas maderas colocadas hoy sobre su quilla en la moderna reconstrucción y que parecen el esqueleto de un buque en astillero, próximo a lanzarse al mar, han dormido bajo la tierra durante once siglos. Verdaderamente la emoción es obra imaginativa; se cree casi en un encantamiento y en que han de cumplirse las profecías para que las olas vengan a buscar estas tablas y mecerlas de nuevo en sus fiordos.

## NOTAS

1. La *Saga de los reyes* de Noruega fue escrita por un poeta e historiador islandés del siglo XIII, Snorri Sturluson (1179-1241).
2. Carmen toma el texto de una versión francesa: en inglés o en noruego el nombre es *William* y la asamblea del pueblo es el *Thing*. "Rolf que camina" es una traducción literal de la expresión en francés *Rolf qui marche*.
3. Piezas para la formación de las cuadernas de un navío.

## CAPÍTULO 28

### LA CIUDAD DE LAS SIETE COLINAS

La línea férrea de Cristianía a Bergen es ya un resumen y un anticipo de todas las bellezas de este país. La hemos pasado sin cesar de mirar un solo momento el paisaje. Ya la compañía del camino de hierro<sup>1</sup> cuenta con esta admiración y ha numerado los asientos del vagón para que cueste una corona más el ir al lado de la ventanilla. ¡Qué ingenioso y qué sencillo!

Vamos ascendiendo lentamente y se contempla un paisaje verdaderamente asombroso: bosques, montañas, lagos, cascadas, riachuelos que se suceden con prodigalidad hasta Finse, el punto más alto, a unos mil doscientos metros de elevación. El sol de un caluroso día de verano brilla en la nieve que nos rodea y a lo lejos el gran glaciar de Hardangerjøkulen, el punto de cita de los alpinistas y de los *skieurs* en el invierno, se destaca, blanco y gigantesco, como coronando el paisaje.

Aquí descendemos a un restaurante donde por una corona podemos servirnos todos los platos que deseemos de una mesa abundantemente provista que nadie vigila.

Toda esta parte de la línea está protegida de la nieve por empalizadas de madera recubiertas de una techumbre y parece un largo túnel de madera.

Pero bien pronto el terreno comienza a descender y otra vez la magia de los paisajes cautiva toda la atención. La línea bordea los fiordos, esos maravillosos *campos de agua* inmóvil que forman los valles entre las enormes montañas

desnudas. No hay más que agua y montañas; es como una inundación que hubiese cubierto la tierra y no hubiera dejado en seco más que la cima de los montes. Da la impresión de que la tierra ha desaparecido; dondequiera que la vista siga el contorno de una montaña encuentra su base sumergida en el agua. Unas veces las montañas se acercan y el fiordo se ve en su fondo como una calle de agua sombría, estrecha; otras veces se ensanchan y adquieren una apariencia de mar, se bifurca y se extiende en mil sinuosas ondulaciones; de vez en cuando vemos un vaporcillo blanco que cruza las aguas o una granja aislada en la orilla que nos da una sensación de absoluta soledad y de abandono.

Conforme nos acercamos a Bergen la vegetación es más abundante, parece que volvemos a hallar la tierra fresca y fértil en su riego fecundo, el terreno está bien cultivado y árboles frutales sombrean las casas de las huertas.

Se ha predispuesto el ánimo para hallar bello a Bergen, para satisfacer ese deseo de exotismo que nos lleva tan lejos<sup>2</sup>. En los largos viajes hay siempre algo que nos defrauda. Quisiéramos hallar, o una civilización superior que nos admirase, o algo muy primitivo, muy ingenuo, muy pintoresco. Algo muy distante de lo que conocemos y que rara vez se encuentra.

Así, lo que más nos cautiva son las construcciones de madera. Aunque ya en muchas de sus calles las modernas casas de piedra van sustituyendo a los antiguos edificios, aún es Bergen una ciudad de madera.

Me parece que la madera abriga más, con más blandura, da más calor de hogar y al mismo tiempo nos deja más en comunicación con todo, más a la intemperie, y el aliento de afuera nos rodea mejor. La argamasa, la piedra, la cal, la fábrica de la obra es algo que no logramos nunca influir; la madera da más familiaridad y más parentesco, no nos pesa ni nos encierra demasiado la casa, tiene menos de fuerte, menos de cárcel, es una obra más frágil y más improvisada. Tiene algo de barraca de aldeano.

Sin embargo, esta impresión llega a perderse cuando vemos tantas casas de varios pisos alineadas formando las calles de una población. Llegan así a hacerse serias y definitivas cuando nos habían parecido un poco de juguete, de provisional.

El conjunto de todo se encadena, y a pesar de sus pintorescas paredes de tablazón, de sus tejados a piñón, puntiagudos, con esa gracia que ponen en la calle los tejados agudos, se va perdiendo poco a poco la idea de que esas casas y esos edificios son de madera, se petrifican.

Muchos de ellos, cubiertos de cal y de pintura, borran la impresión por completo. Los teatros pierden el carácter de barracón que la madera les da entre nosotros, y en las habitaciones de los hoteles, con su perfecto tapizado, apenas

nos damos cuenta de habitar una casa de tablas, a no ser por los ruidos que las paredes no apagan, por las jugarretas de algún ratón y por el temor que despierta en nosotros ver cerca de cada balcón el aparato de salvación de incendios, que recuerda la fragilidad del edificio.

Dormir<sup>3</sup> con uno de estos aparatos a la cabecera del lecho es como estar en el camarote de un barco, con la amenaza de una tempestad y el salvavidas a la vista.

Más de una noche he dado vueltas a esta larga cuerda sin nudos, en cuyo extremo hay unas argollas de madera. ¿Cómo se utilizará esto? Parece como si se hubiese una de amarrar a la punta y dejarse caer para ir a estrellarse con cuerda y todo.

El miedo al incendio obsesiona de noche; se tiene la impresión de que esta ciudad sin cimientos, tan ligera, habría de arder y consumirse en un instante, desapareciendo como esas filas de soldaditos de plomo que colocan los niños en orden de batalla y que tocando a uno ruedan todos.

Contribuyen a esta impresión los relatos de incendios que la han asolado ya varias veces, como en 1702, y la multitud de aparatos de extinción de incendios que se ven en sus museos.

Pero el día vuelve a hacer que triunfe el optimismo y con él la poesía de las casitas de madera, hasta el punto de mirar con cierto enojo los soberbios edificios de piedra, como el Banco y la Bolsa, que rompen la unidad.

Bergen, antes que nada, es pintoresca por su desigualdad, su animación, su color tan original y tan vivo. La ciudad debe su riqueza a la Liga alemana de los hanseáticos, y aún en el viejo muelle se conserva su museo y las casas en que habitaron como una página viviente de su historia.

La ciudad está tendida sobre siete colinas (para hacer notar esta semejanza con Roma y Lisboa se la ha solido llamar "la ciudad de las siete colinas"). Tiene hermosos parques, jardines, hoteles y edificios notables. Subiendo por un camino en zigzag que lleva hasta la altura de Fløien<sup>4</sup> se ve toda la ciudad, como dibujada en un lienzo, tendida a nuestros pies, con sus calles que forman penínsulas en su fiordo, su cadena de islas formando una diadema a su entrada, y en el centro los grandes estanques a cuyo alrededor se van extendiendo jardines, casas suntuosas y, más allá, casas pobres, lindos hoteles, museos, hospitales, astilleros...

El puerto presenta una selva de mástiles de buques. Es el puerto comercial por excelencia, y la estación donde se detienen todos los barcos que van al Cabo Norte o a Spitzberg. Pocas ciudades tan trabajadoras como Bergen y, al mismo tiempo, tan inocentes y tan sanas de espíritu.

Ese puerto no es el puerto de covachuelas y gentes maleantes que estamos acostumbrados a ver en nuestras ciudades latinas. Es un puerto de gente trabajadora, honrada. Un puerto en cuyos alrededores no hay figones ni tabernas.

Y sobre ese puerto, como centinelas avanzados, los restos de un antiguo castillo y la vieja fortaleza de Bergenhus, con todo su carácter de Edad Media, y la torre de Rosenkranz, edificios testigos de su vieja historia que recuerdan la romántica salida de este puerto de la flota legendaria de Sigurd el Peregrino, que llegó hasta Constantinopla y la Tierra Santa con su arrojo de vikingo aventurero.

Estas gentes de Bergen son las más alegres y de carácter más comunicativo y decididor de toda Noruega; son los andaluces de este país, porque son también los que disfrutan mejor clima de toda su nación. Aquí no se hiela el mar y la temperatura rara vez es inferior a diez bajo cero.

Nosotros no podemos comprender todo el valor que eso tiene en un país donde la naturaleza se ha mostrado tan inclemente y tan dura.

## NOTAS

1. La autora utiliza de modo deliberado el galicismo "camino de hierro".
2. A partir de aquí, con modificaciones, el texto procede del artículo "Edificios de madera. Stavekirke", publicado en *La Esfera* (8-I-1916). Se interrumpe en el párrafo que acaba: "Recuerda la fragilidad del edificio". La otra parte del artículo pasa al contenido del capítulo 34, "Stavekirke".
3. Desde este punto, parte del contenido procede del artículo "El incendio de Bergen" (sobre el suceso ocurrido en enero de 1916) que la autora publicó en *La Esfera* (29-I-1916).
4. Hoy se escribe Fløyen.

## CAPÍTULO 29 LA VIDA NORUEGA

Lo poco que he entrevisto de las costumbres de este país me han hecho sentir un deseo de detenerme más tiempo y poder penetrar en ellas.

Las penalidades con que nos divertimos en los viajes resultarían una paradoja si no viéramos en el viaje más que una diversión. Para mí no es el viaje, en realidad, más que un penoso estudio de gentes, de costumbres y de cosas; no es un descanso ni un placer, sino porque cambia la clase de trabajo y me ofrece el aliciente de la curiosidad. Un viaje es como una gran biblioteca puesta en fila, con los libros abiertos en lo más interesante, que vamos leyendo al pasar.

Pero no ofrece nunca la comodidad, el reposo de la casa. En vez de hacer resaltar la que nos falta en España, hace notar todo lo bueno que tenemos en ella y estimarlo más. El pueblo noruego es un pueblo que conquista nuestro espíritu, que se hace simpático por su honradez, por su sanidad de espíritu y por su desgracia. Nos da la impresión de que en nuestro país somos todos ricos; nacemos dotados de esa riqueza natural de nuestro clima, de lo ponderado de nuestras estaciones, de la producción de nuestro suelo. Aquí, la vida es dura, la naturaleza inclemente, la lucha del hombre con ella es la más cruel y miserable de todas. Se comprende la maravillosa concepción de Leopardi en su diálogo de la naturaleza y un irlandés.

Ese encanto de la nieve de que he hablado antes es solo para la burguesía y las clases acomodadas; el pescador, el bracero, el pobre tiene que sufrir todos

CAPÍTULO 45  
AL VOLVER<sup>1</sup>

Muy lejos estaba yo el día que vi en el pintoresco Balholm, ese lugar encantado del Sognefjord, salir precipitadamente a Guillermo II, seguido de sus acorazados, dejando la paz de su tranquilo veraneo, de pensar que de modo tan peligroso me iba a ver envuelta en la terrible guerra europea que se preparaba.

Al Cabo Norte no llegaron los ecos de estas desdichas, de estas luchas, de estas miserias. Allí nos encantaba la naturaleza solemne, grandiosa, noble, con toda su poética melancolía; pero a mi regreso a Bergen he hallado cambiada por completo la faz de aquella honrada y trabajadora población.

Las gentes se agrupaban ansiosas a leer los telegramas que se exponían ante la redacción de uno de sus principales periódicos, y se retiraban llorando. Se veía bien la nobleza de sentimientos de este buen pueblo noruego, en cómo se afectaba con las noticias de las luchas y las muertes. Era un espectáculo de desolación y de tristeza, el presentimiento de los días de luto que esta guerra prepara a la humanidad.

Apenas anunciada la guerra, sus daños se dejan sentir; han subido de un modo extraordinario el precio de los artículos de primera necesidad. Me apena lo que este país, cuyas producciones no pueden bastar a su sostenimiento, va a tener que sufrir.

He querido apresurar mi viaje a España, prescindiendo de mi viaje a Rusia. Mis amigos de Noruega tratan de disuadirme de que vuelva por Alemania, pero yo

pienso que hay menos peligro por tierra que en cruzar el mar; se habla de combates navales, y yo evoco todos aquellos barcos grandes, color acero, que he visto en el canal de Kiel y en la escolta del *yatch* del káiser. Prefiero regresar por tierra. En estos momentos, la casa y la patria toman un valor de refugio y deseamos unirnos a los nuestros. Mi itinerario está marcado en el billete que tomé en una agencia de Bergen. Cristianía, Malmö, Trelleborg, Sassnitz, Bremen, Colonia, Lieja, Namur, París; lo emprendemos confiadas, pensando que tal vez tengamos que sufrir algún retardo, pero que nada puede sucederles a dos mujeres, súbditas de un país neutral, en una nación civilizada, en regiones alejadas del teatro de la guerra.

El calor del verano nos incita a comprar muchas frutas para el viaje; llenamos una gran cesta de melones, plátanos, uvas y unas frutillas salvajes, parecidas a las uvas del torvisco, rojas y agridulces como los granos de granada, que son propias del país. Volveremos a disfrutar el incomparable panorama de la línea de Bergen a Cristianía, pero lo vemos con pena. Se quedarán tan lejos de nosotros estos fiordos, estas montañas, que se hará difícil volver, y no nos resignamos fácilmente a perder para siempre esta grandiosa naturaleza, esta belleza plena, sana, fundamental, que tan bien rima con mi espíritu y tan plenamente lo satisface. La nieve, en agosto, es como un lujo, un refinamiento que nos ofrece cerca de Finse, en el punto más alto del camino, esta tierra incomparable.

Conforme vamos descendiendo, las maravillas quedan atrás; vamos a entrar pronto en los paisajes de siempre, y pensando en esto apenas nos ocupamos de la guerra, cuya gravedad no alcanza mi optimismo a concebir.

En Cristianía nos miran con cierto asombro, que nos hace sonreír, cuando decimos que atravesaremos Alemania para ir a Bélgica, frontera neutral, y desde allí nos dirigiremos a nuestra patria. Al fin, las advertencias de aquellas buenas gentes logran inquietarnos un poco, y cuando tomamos el tren que ha de llevarnos a Suecia sentimos verdaderos deseos de poder enterarnos de lo que hablan todas aquellas gentes, que gesticulan con calor desusado y que no se ocupan más que de un solo tema. Pero no pudiendo lograrlo nos refugiamos otra vez en las bellezas del paisaje. Va en nuestro vagón una dama anciana, de noventa años, que se dirige a Malmö. Es una anciana delgada, acartonada, alta, que conserva una gran nobleza en las facciones y unos ojos claros y dulces que no se le han hundido en la órbita. Es una anciana ágil, vivaracha, de espíritu alegre, de esas que saben dar un encanto de simpatía y placidez a su ancianidad para despertar la ternura. Lleva muchas flores campestres, que nos ofrece, y nosotras le cedemos el asiento de la ventanilla. Se la ve gozar de tal manera con la contemplación de la naturaleza que nos distraemos viendo el gozo de sus facciones, bañadas de una emoción pura, casi infantil.

Un milagro de simpatía nos hace entendernos conversando en idiomas tan diversos. Ella nos llama con grititos de admiración, cuando ante la ventanilla del tren, que parece el lienzo blanco de un cinematógrafo, pasan las visiones mágicas de las caídas de Trollhättan, con su sistema de esclusas gigantes, que han partido toda Suecia en una maravillosa red de navegación, una especie de escalera que suben y bajan los barcos de alto bordo. Para nosotros, a quienes se lo da todo hecho la naturaleza, es algo incomprensible estas obras gigantes de Suecia, esos diques y esos canales de Holanda, todo eso que supone un esfuerzo titánico del hombre, una obstinación para vencer a la naturaleza, nos admira y casi aun viéndolo se nos hace increíble. A nuestra izquierda se ven las orillas del lago Vänern, el mayor de todos los de Escandinavia, y que, como el Vättern, es resto de un brazo de mar. Toda la ribera está cubierta de vegetación; comienza ese florecimiento del suelo de la Scania, que hace un vergel de esta parte de Suecia. A la caída de la tarde aparece, a la derecha, la encantada y agreste costa del Kattegat, con su gran extensión de arena y su arrecife de rocas desnudas. El cabo Kullen avanza su cuerpo de granito en las olas, y aparece con una gallardía y un atrevimiento singular, tan largo, tan estrecho, tan audazmente avanzado en las aguas tormentosas.

En Gotemburgo<sup>2</sup>, la ciudad comercial por excelencia, han subido a nuestro vagón dos señoras alemanas que hablan francés; y como la inefable viejecita pone una nota cordial en el vagón, todas hablamos. Estas señoras me dicen que van a Hamburgo, y que tienen miedo de que con la movilización de las tropas no circulen los trenes. Yo les manifiesto la dificultad que hay para mí en este tiempo anormal, no poseyendo el idioma, y se ofrecen amables a servirme de intérpretes. En la estación de Malmö compro periódicos ilustrados, y me entretengo en ver los grabados, todos bélicos, de guerreros, de cañones, de barcos. Las damas me hacen muchas preguntas acerca de mi viaje. Tenía la idea de que las españolas no viajaban solas. Uno de los caballeros interviene en la conversación, y me dice que hago mal en aventurarme por estos sitios, que la guerra promete ser algo terrible, y añade: "Ya, de buenas a primeras, ha sido destruida la escuadra rusa en el mar Báltico; no ha quedado ni un solo barco".

No retengo una exclamación dolorosa y siento el alma invadida de una gran piedad; compadezco la suerte de los vencidos, sin que influya para nada la nacionalidad, y noto como un sentimiento de hostilidad, en el que no me fijo.

De pronto, el tren se detiene y advierto un movimiento desusado en los viajeros. Pregunto en vano si hemos llegado y vamos a trasladarnos al barco en que debemos continuar el viaje. Cada uno, preocupado con sus cosas, no atiende a los demás; todos bajan y suben a los coches, pero nadie baja los equipajes.

Al fin logro enterarme. El barco, que debía enlazar con nuestro tren, no ha llegado; estamos en Trelleborg y nos abandonan los coches, marchándose todos los empleados. Hay que pasar la noche, como se pueda, en un vagón o a la *belle étoile*, en medio del campo. Cada uno se acomoda como puede; los vagones de primera se ven asaltados de pasajeros de las otras clases, que se valen de la ocasión para introducirse en ellos. Hay que ocupar los sitios. Las dos alemanas y otra señora que ha permanecido silenciosa todo el tiempo se tienden a la larga, y en el sitio que nos dejan nos acostamos, abrazadas, mi hija y yo. Estamos tan cansadas que el sueño no se hace esperar, y dormimos con una tranquilidad sorprendente, hasta que la luz viva de la mañana nos despierta. ¡Estamos solas! Todos nuestros compañeros de viaje se han marchado; aquellos que dormían en nuestro vagón no solo no nos han despertado, sino que parecen haber puesto especial empeño en dejarnos allí.

Después de un largo rato de desorientación logramos que un mozo de estación atienda nuestras voces y nos guíe hasta la estación central para poder sacar nuestros equipajes. Nos dice que el vapor va a llegar, y vemos a todos los pasajeros esperando, frente al mar. Las damas que han sido nuestras compañeras vuelven la espalda, esquivando el saludo.

Yo me miro y miro a mi hija, y no comprendo que haya nada en nuestro atavío que pueda intranquilizar a esas señoras.

Son las cinco de la mañana; está todo cerrado en Trelleborg y el hambre se deja ya sentir, pues la noche antes hemos tenido que consumir, para cenar, los restos de nuestra provisión de frutas.

A las seis se abre un café frente a la estación. Deben estar también hambrientos los otros viajeros, según se precipitan todos en él. Cuando entramos, ya está lleno, y tenemos que servirnos de pie, entre una muchedumbre ávida que se disputa los panecillos y las tazas de café, arrebatándolas de manos de los mozos o del mostrador. Cuando llegan estos momentos se ve qué superficial es ese baño de buena educación de que todos nos revestimos. Cada uno se ocupa de sí, egoístamente, casi brutalmente; y creo que esta lucha va a durar ya todo el viaje, hasta salir de estos países en que con tanta imprudencia nos hemos metido.

Aún podríamos retroceder, volver a Malmö, a Dinamarca, de la que tenemos tan buenos recuerdos; pero el deseo de volver nos acosa con vehemencia, hay un ansia de vernos en España, de oír hablar otro idioma en torno nuestro, y esto nos hace seguir el viaje.

El vapor que ha de conducirnos está ya atracado al muelle; es un vapor extraño: le falta la popa, como si la hubieran partido de un hachazo, y deja ver, por su hueco negro, el interior, la bodega. Estos vapores atracan así al muelle, y

dentro de ellos penetra el tren, de manera que se hace el viaje por mar sin necesidad de movernos de nuestros vagones; pero en esta ocasión no se sigue la costumbre, sino que los pasajeros vamos embarcando uno a uno, después de un detenido registro de los equipajes y hasta de los saquitos de mano.

Desde la cubierta contemplo la gran superficie de mar que se extiende ante mis ojos, y la apacible costa sueca, verdeante y bella, entre los celajes de la mañana. En los largos malecones, frente al barco, está agrupada una gran multitud; son en su mayor parte alemanes, que acuden llamados por el peligro de su patria; se suben sobre una eminencia y entonan a voz en grito, como un orfeón, el antipático himno nacional *Über Kaiser*.

Abren mucho la boca, gesticulan y gritan como demonios; sus caras grasas y rubicundas parece que van a reventar en la excitación sanguínea que les produce su entusiasmo. Cada vez que hacen una pausa, la multitud, que les escucha de pie, con respeto, prorrumpe en un aplauso. Yo contemplo todo esto con cierta curiosidad y oigo su himno con el desagrado que todos estos alardes patrióticos me causan siempre. Por fortuna, el vaporcito da la señal de marcha, y todas aquellas gentes se apresuran a entrar en él. Lo invaden todo: cámara, cubierta, comedor. Noto que todos nos miran con una expectación nada benévola que no acierto a explicar, pero que me molesta, y mi hija y yo nos retiramos hacia el camarote, donde han agrupado los equipajes; nos sentamos en un ángulo y no tardamos en dormirnos. Así pasamos las cuatro horas de travesía, y nos despierta, al fin, la sacudida del barco al atracar en el puerto de Sassnitz, en la isla de Rügen. Es un despertar poco grato, frente a la ciudad de casas rojas que se ve al fondo de un puerto desguarnecido de construcciones, entre las voces que gritan en el barco su *Über*, y las que les responden en la playa *kaiser*.

Mi hija y yo nos estrechamos más una contra otra, y decimos a un tiempo: "¡Ya estamos de nuevo en Alemania!"

## NOTAS

1. Con los mismos párrafos iniciales comenzaba Carmen de Burgos el artículo con el que regresó a *Heraldo de Madrid* el 25 de agosto de 1914, después de interrumpirse sus crónicas viajeras a partir del día 9. Apareció en la portada del diario, a cuatro columnas, bajo el título "El viaje trágico. Nuestra compañera *Colombine* detenida como espía por los alemanes", donde concentraba la información sobre lo sucedido hasta que fue acogida con su hija en el consulado español de Hamburgo. Con mayor por menor despliega estos hechos a lo largo de este y de los dos capítulos siguientes del libro.
2. La autora utiliza otras veces Göteborg.

## CAPÍTULO 46

## EL PELIGRO DE LOS CABELLOS NEGROS

Es un momento de apuro el del desembarco. Ninguno de los mozos que pasan por nuestro lado quiere cargar los equipajes. Noto cómo crece la hostilidad en torno nuestro; en cuanto nos acercamos a un grupo estalla el himno nacional, que toma para nosotras el valor de una de esas cencerradas con que se atormenta a los viudos que se casan; muchas personas se acercan y me hablan, mostrándome hojas impresas, que no entiendo. Vemos con angustia cómo todos van llevando sus equipajes al tren y el apresuramiento que demuestran, y que nosotras nos vamos a quedar allí solas. Enérgicamente indico a un mozo mis baúles, y en las sencillas palabras que pronuncia tengo la clave del misterio.

—¿Rusas? —me pregunta con indecisión.

—Españolas —contesto.

Entonces, el hombre se decide a prestarnos el servicio que reclamo.

No puedo menos de detenerme un momento, conmovida ante el brutal e inhumano espectáculo que presencio al saltar a tierra.

Se verificaba el embarque de los rusos que deseaban volver a su país; millares de familias se agrupaban en el muelle, entre soldados que paseaban con las bayonetas caladas, y al más leve tropiezo la emprendían a culatazos. Aquellas pobres gentes no cantaban, ni hablaban apenas; era un espectáculo humillante verlas temblorosas, encogidas, aterrorizadas, en medio de la soldadesca. Tal vez los pobres dejaban la casa, la industria, que constituía su manera de vivir, después de

muchos años en esta tierra que habían creído amiga y a la que ya les ligaban intereses y afectos. Entonces se veía lo deleznable de esos lazos y la importancia que esas palabras, patria y raza, que idealmente hemos querido borrar, tienen para los hombres.

El mozo mira con recelo mi emoción ante el sufrimiento de los rusos. Noto que me creen rusa y que me hago sospechosa, y empiezo a percatarme del lujo de precauciones que toma Alemania con los extranjeros y me entero del atropello de Bélgica y de la guerra con Francia.

Subo al vagón, y como no llevo dinero alemán para pagar al mozo, le entrego un franco. El hombre lo mira y lo rechaza con indignación; creo que le parece poco, y le doy otro, y como sigue gritando y gesticulando le añado un tercero. Su patriotismo cede ante la suma, y se aleja en silencio. ¡No es caro este patriotismo!

Todo el día vemos pasar a nuestro lado trenes blindados y trenes ordinarios llenos de soldados. Van todos asomados a las portezuelas, alegres y contentos; más que gentes que van a matar, parecen alegres muchachos que van de romería. Todos los trenes van enguinaldados de follaje; en todos se escucha el mismo himno marcial y entusiasta, que, con ese poder de los himnos nacionales sobre el espíritu, los enardece y los arrebató hasta la locura.

No me fijo ya en el paisaje. Dos veces el tren penetra en el interior de vapores, que nos llevan al otro lado de grandes canales de agua, y sale de ellos para seguir su carrera sin que nos demos cuenta. Nos atormenta el hambre, y no encontramos medio de poder comprar nada.

En una estación del camino hay cambio de tren para los que no vamos a Berlín. La gente se precipita al nuevo tren que nos señalan, sin orden ni concierto, porque nadie se preocupa de pedir ni revisar los billetes.

Al subir al vagón, un hombre rubicundo y rechoncho empuja con tal fuerza a mi hija que le hace dar un grito de dolor. No puedo contenerme; me abalanzo a él, retirándolo con violencia por el cuello, con una fuerza que no esperaba. Desconcertado, se vuelve hacia mí y grita: "Una espía rusa".

Entonces sucede una cosa que aún me parece una pesadilla. La multitud se agrupa en torno mío; se alzan bastones, una mano me arranca el velo, y otra se lleva mi sombrero; mi hija llora, tendiéndome los brazos desde el vagón; hago un esfuerzo supremo y logro subir en el estribo; desde arriba, tira de mí una mano... El tren parte...

Como en las novelas, un joven oficial ha sido nuestro salvador. Es un oficialito de opereta alemana; parece que le han traído aquí desde un escenario. Me dice, en francés, que nos viene siguiendo con interés desde Trelleborg,

porque ha visto que no nos damos cuenta del peligro que nos rodea. Él es un hombre culto; a pesar de la consigna no puede sentir odio hacia Francia, donde ha pasado largas temporadas; me enseña una cigarrera de plata, en cuyas tapas han grabado su firma muchas célebres artistas francesas. Él es el primero en lamentar lo que sucede; ve cómo su patria exagera el temor a los espías, y me cuenta el caso, poco tranquilizador, de que han fusilado en Rostock, donde él debe quedarse, a un hombre y dos mujeres, quizás inocentes, solo por meros indicios. Como nos ve asustadas ante el peligro que se nos aparece con toda claridad, nos escribe en una hoja de papel, con el fin de que en caso de apuro podamos hacernos entender: "Somos españolas, y rogamos que nos lleven ante nuestro cónsul"; esto nos tranquiliza un tanto al quedarnos solas.

Aún tenemos que sufrir otro cambio de tren, y no nos quedamos en el camino, gracias a una amable señora y una joven, hija suya, que la acompaña. Estas damas han escuchado nuestra conversación con el oficial; nos llaman, nos guían, y hasta nos ofrecen unos huevos y un panecillo. Pero la confusión es tal que nos separa de ellas la ola de gente y nos vemos obligadas a subir en el departamento más próximo. ¡Un vagón de cuarta clase! Está todo lleno de cajas, de baúles, de maletas y de toda clase de bultos, encima de los que se sientan unos mientras otros se ven obligados a permanecer de pie.

Bajamos en algunas estaciones del camino. Hace una noche serena, espléndida, que forma contraste con el estado de zozobra y de inquietud que nos rodea. En todas las estaciones hay largas mesas, cargadas de grandes tazones blancos, y canastos llenos de panecillos, pero no nos quieren vender nada; todo está preparado para el desayuno de los soldados que han de pasar por allí. En cuanto nos retiramos un poco del tren, la bayoneta de un soldado nos obliga a no salir de la línea marcada.

Por fin, al día siguiente llegamos a Lübeck. Estamos a un paso de Hamburgo y esto me tranquiliza, puesto que en esta capital el cónsul y otras muchas personas nos conocen y pueden responder por nosotras.

Como el servicio de trenes no tiene ahora la regularidad que de costumbre, tenemos que permanecer en Lübeck todo el día y toda la noche, sin poder dejar la estación, esperando el momento de poder continuar el viaje.

En el restaurante de la estación veo a las tres señoras que tratan siempre de esquivarnos cuando las vemos y de señalarnos a las demás cuando no las miramos. Un policía se acerca a nosotras y nos hace una multitud de preguntas y nos dice que le mostremos los equipajes. Mi hija y yo nos hemos puesto de acuerdo para dejar que se pierda el baúl en el que van cartas que serían bastante para que nos fusilasen estos salvajes.

Llevo nada menos que la guía de Rusia, una tarjeta con que me favoreció la Infanta Eulalia para nuestro embajador en Petrogrado, dos libros franceses sobre el imperio moscovita y varias de esas cartas queridas en las que habla la voz de un amigo ausente, que comparte con nosotras las ansiedades literarias que engendra el viaje. Las hay de este tenor: "No dejes de ir a Rusia antes de nada, es lo más interesante, fíjate bien en todo y aprovéchalo todo bien. Ve luego a Alemania, pero no dejes de estar en París en la fecha indicada. Escribe explicando bien todos tus planes"<sup>1</sup>.

El recuerdo de esas líneas escritas tan cariñosamente me aterra. ¿Quién podría meter en estas cabezas, de testuz dura, que se trata solo de románticas observaciones literarias?

Prefiero no mostrar más que los sacos de mano y dejar que se pierda el equipaje. En toda la noche podemos tomar nada porque no se acepta el dinero francés.

Dos o tres veces salimos de la estación y vamos hasta la plaza cercana, solo por el gusto de darnos cuenta de que estamos libres, de que podemos movernos, de que esos soldados que hacen centinela en la puerta de la estación, bayoneta al brazo, como si estuviesen en la puerta de una cárcel, no nos sujetan.

La mañana está lluviosa, fresca, frente a la estación se alza una fila de casas altas y se abre una explanada que nos lleva a una plaza a cuyo fondo se ve una iglesia. Está todo desierto, cerrado, en los escaparates se ven todas esas baratijas que se exponen al paso del viajero. Hay preciosas reproducciones de la *Danza de la Muerte*, que se halla en esta capital; apenas nos alejamos un poco, divisamos detrás la silueta del polizonte que nos ha preguntado y que disimuladamente nos vigila. Guardo tal impresión de aquel momento en que el pueblo nos quiso agredir que me es grata esta vigilancia de las autoridades, como una garantía de que nos protegerán, puesto que nuestra conducta no puede inspirar sospechas; y, sin embargo, nosotras mismas, por no vernos seguidas, disimulamos el haberlo notado y volvemos a meternos en la maloliente sala del restaurante, con esa especie de resignación de los pájaros cobardes, que vuelven a la jaula, después de un revolotear por la habitación.

## NOTAS

1. Es indudablemente carta de Ramón, el amigo ausente, con quien Carmen se iba a reunir en París a su regreso.

## CAPÍTULO 47 PRISIONERAS

Camino de Hamburgo, libres del equipaje comprometedor, recorriendo un camino, que, por haberlo pasado ya antes parece que se nos hace amigo y familiar, nuestro ánimo se tranquiliza y creemos que ha pasado el mal momento en que la dirección que traemos y la cercanía del país enemigo nos han hecho sospechosas.

Apenas hemos pasado la primera estación vemos subir al tren tres soldados, bayoneta en mano; me dicen algo que no entiendo, pero como es para mí una especie de talismán o salvaguardia respondo con la frase salvadora "españolas" y los veo pasar de largo.

—Parece que buscan a alguien —dice mi hija en francés.

—A una espía, que dicen que viene en el tren —contesta un señor.

Miramos con curiosidad, como espectadores, y bien pronto nos convencemos de que somos protagonistas. Los soldados vuelven, me rodean y me hacen señas de que los siga. Me levanto con prontitud, como lo requiere el ruego de los que ponen como razón suprema la bayoneta calada junto a mi pecho.

—¿Qué sucede? —pregunta mi hija.

—Cambiamos de tren —le respondo para tranquilizarla.

Un soldado me habla en alemán y aunque no entiendo su idioma, comprendo perfectamente que me pide los papeles y saco el escrito del oficial. Lo lee, pero no le convence, y comprendo que insiste. Abro mi saco de mano y le

doy mis papeles oficiales. Los mira sin comprender lo que dicen, pero los sellos de los consulados, en los cuales campea el escudo de España, le hacen dudar.

Entretanto, el tren está parado en medio del camino y las ventanillas llenas de rostros curiosos que miran y comentan.

Veo bajar del tren un oficial viejo y gordo que se coloca a mi espalda, de modo que no pueda verlo, y dice lentamente:

—¿Usted entiende el español?

Me vuelvo como si me picase una víbora y en mis labios hay una interjección violenta y muy castellana antes de responderle indignada, con ímpetu:

—... Mejor que usted.

El hombre examina mis papeles y parece dudar aún. Me hace mil preguntas y me revela que pesa una acusación formulada por un viajero contra mí. Me acusan de saber alemán y fingir que no lo entiendo, fundándose en que he comprado y visto con detención periódicos ilustrados alemanes, y en que he hablado con los mozos para que me lleven los bultos, etc. Se acumulan como cargos contra mí el llevar dinero francés, no haber saludado los trenes de soldados ni aplaudido el himno alemán. Además son indicios muy comprometedores mis sentimientos de compasión hacia los rusos.

Me indigno tanto al responder que el oficial empieza a convencerse y como mi hija llora y tiembla, asustada de verse entre dos soldados, me vuelvo y le digo:

—No eres hija mía si lloras delante de los alemanes. Ella hace un esfuerzo y se domina, y el oficial me dice galante:

—Verdaderamente tiene usted un espíritu esforzado.

Y yo, tocada ya de sus bravatas, respondo con orgullo:

—Soy española.

Entonces el hombre consiente en llevarnos al consulado general de España en Hamburgo y volvemos a subir al tren, que se pone en marcha. Las gentes, que quizás habrían abrigado el deseo humanitario de vernos fusilar, vuelven a sus sitios defraudadas, y nos miran con algo de rencor y descontento por no haberles dado el placer de ser rusas y de ser espías.

Me quejo al oficial, que es un buen comerciante hamburgués, al que la guerra ha obligado a dejar su tranquilo despacho y sus negocios, de la arbitrariedad que supone tratar así a dos mujeres súbditas de un país neutral, que van solas, confiadas en la cultura del país que cruzan y en su propia inocencia, y que por todo esto tienen derecho a esperar la protección noble y desinteresada, ya que de modo tan espontáneo creyeron en su caballería. "¡Las espías son tan listas y lo preparan todo tan bien!", me responde.

La contestación acaba de molestarme. ¿Qué podríamos hacer dos pobres mujeres solas y sin armas? ¿Seríamos más culpables si hubiéramos nacido en Rusia? Lo lógico sería vigilarnos y cerciorarse de nuestra conducta, dejando caer el peso de la ley al convencerse de la culpabilidad, pero no molestándonos en caso contrario.

La fuerza de verdad de esta argumentación lo domina y trata de disculparse diciendo: "Señora, en la guerra como en la guerra".

¡Bonita máxima absurda e inquisitorial para justificar todos los atropellos!

A la llegada a Hamburgo la estación ofrece un aspecto imponente; el gran balcón que se abre sobre ella está lleno de una multitud que grita y canta.

Tenemos que cruzar entre esa multitud, excitada por esa embriaguez que acomete a los pueblos y parece que los envenena y los enloquece, como una enfermedad contagiosa. Nos rodean varios oficiales, que aparentan bromear y reír, y a los que nosotras contestamos "ya, ya" (sí, sí) de modo que no se aperciba el pueblo de que vamos prisioneras y nos quiera linchar por espías.

¡La justicia y la cultura de los pueblos! Estos son los que hablan de la inquisición española en el siglo XV y nos dan este ejemplo en pleno siglo XX.

Así nos llevan al puesto de policía cercano a la estación y dan orden de conducirnos en coche al consulado de España.

Es entonces cuando siento la impaciencia, los minutos se me hacen siglos, el automóvil parece que no corre... Cuando paso aquella puertecita tan modesta, tan pobre, sobre la que luce el escudo de España, siento la alegría de haber llegado a un asilo inviolable; me siento fuerte, segura y no puedo menos de vengarme poniendo en ridículo a todo aquel valiente ejército que se ha inquietado por dos pobres mujeres indefensas, porque tienen los cabellos negros; y me vuelvo diciéndoles con despreciativo desdén a mis guardianes: "¡Qué hazaña!".

Pero en el fondo, la idea de continuar el viaje, de vernos de nuevo entre el populacho, nos aterra, y por primera vez en mi vida experimento repulsión y temor de la gente.